

Claudio Tassitano

Arthur y el hechicero



Título original: *Arthur e lo stregone nero*

1.ª edición: noviembre 2011

© Claudio Tassitano y Fanucci Editore S.r.l., Italia, 2008
© De la traducción y de las notas: José Luis Aja Sánchez, 2011
© Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2011
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Ilustración de cubierta:
Mónica Armiño

ISBN: 978-84-667-9490-9
Depósito legal: M-34.568-2011
Impreso en Anzos, S. L.
Polígono Industrial Cordel de la Carrera
Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Claudio Tassitano

Arthur y el hechicero

Traducción de José Luis Aja Sánchez

ANAYA

Índice

Agradecimientos	9
PRÓLOGO. Un encuentro a medianoche	11
La compañía de los cuatro	19
Aquí empezó todo	42
La caja voraz	53
Tenía que suceder	66
Sotobosque	84
Un recuerdo repentino	95
Ceremonia a orillas del río	107
Subterfugios	123
En marcha	136
Cicada	155
La admisión en la academia militar	171
Cultura republicana	193
Lánguidos	205
El profesor Hanold	215
Hugo, explorador	233
Creación	257
Conspiración	271
Las cosas cambian	290
Encuentro en «La oca blanca»	308
La misión de Arthur	328

Fuga de la academia	346
Hogar, dulce hogar	365
Viaje al Monte Benedetto	384
La verdad	394
Infierno	412
EPÍLOGO. Esto es solo el comienzo	433

AGRADECIMIENTOS

El arte de los agradecimientos consiste en redactar un copioso elenco de nombres y en la constatación de que, sin la valiosa contribución de todos ellos, el libro no habría visto la luz. Sin embargo, en este caso, el lector tendrá que conformarse con la mención a unas pocas personas que han hecho el trabajo más duro.

En primer lugar, tengo que dar las gracias a Simona, mi mujer, que me ha ayudado a aclarar algunos puntos delicados de la trama y que, sobre todo, se ha hecho cargo, y sin rechistar, de aquellas tareas domésticas que me he visto obligado a descuidar durante mis interminables sesiones de trabajo frente al ordenador. En segundo lugar, a Nadia Crucitti, mi primera editora, una persona a la que admiro como madre, así como por su trabajo como escritora y como presidenta del comité para la abolición de las onomatopeyas en los diálogos de las novelas. En tercer lugar, a mi amiga Liliana Frascà, que ha devorado el libro capítulo tras capítulo antes de que estuviera concluido y que me ha ayudado a creer en él hasta el final.

Mi agradecimiento también a mi primo Eugenio por su apoyo (¡y por su lucha contra la errata!), a Giuseppe Costigliola, a Monica y a Barbara, unos buenos chicos que han dado cuerpo y color a los protagonistas de este libro, así como a Sergio Fanucci y a Alfredo Lavarini por sus oportunas sugerencias.

Estoy en deuda también con los creadores de los mundos fantásticos que aparecen en los videojuegos, los cuales han sido una fuente de inspiración para *Empyrea* y para sus protagonistas: *Suikoden*, *Final Fantasy*, *Kingdom Hearts*, *Ico* y *Xenogears*.

Me gustaría terminar citando a mis escritores favoritos, que han sabido alimentar mi fantasía con la creación de los espacios y de los territorios por los que me he movido: J. R. R. Tolkien, J. J. Rowling (¡ah, cómo me gustaría que mi nombre llevara también una J.!) y Stephen King.

Claudio Tassitano

PRÓLOGO

Un encuentro a medianoche

Si, después de una fría jornada de invierno, un habitante de Wyndham —quizá la mujer del alcalde, Ansem Sotobosque, que padecía de insomnio y se pasaba las primeras horas de la noche mirando por la ventana— hubiera dirigido la mirada hacia el sendero que, nada más salir de las murallas, ascendía por la colina, habría divisado, no sin dificultad, un cuarteto de sombras que subía aquella empinada cuesta con lentitud. Eran cuatro personas que, tanto la señora Sotobosque como los demás habitantes que vivían en el pueblo de Wyndham, conocían perfectamente; habían elegido una hora un tanto insólita para escapar del pueblo, envueltos en aquellos oscuros abrigos que debían protegerlos de miradas indiscretas.

Pero la fortuna quiso que aquella noche los habitantes de Wyndham, inmersos en el calor de sus lechos o sentados cómodamente ante la chimenea contando historias, estuvieran más preocupados por sus asuntos que por otras cosas, de modo que nadie reparó en la fuga de aquellos cuatro hombres. A decir verdad, dos de ellos habrían preferido quedarse en sus casas como todo el mundo, pero, resignados, se habían puesto en camino para cumplir con su obligación, aunque estaban deseando volver con sus respectivas mujeres lo antes posible.

Avanzaban de mala gana, protestando y tiritando en medio del frío nocturno, mientras la otra pareja, enzarzada

en una acalorada discusión, caminaba con rapidez y casi no sentía el cansancio que provocaba la subida de aquella senda tan empinada.

—No entiendo todavía por qué estamos recorriendo todo este camino. Y encima de noche —decía el más alto, que iba encabezando la comitiva. Era un joven grande y corpulento, de frente despejada, ojos pequeños y pelo rubio rapado al cero.

—Ya te lo he dicho cien veces, Troy —respondió el otro—. Tienes que hablar con la persona a la que vamos a visitar.

El hombre que acababa de contestar se llamaba Wilhelm. También era muy alto, pero no tanto como Troy, y hablaba en el habitual tono de voz de quien está acostumbrado a mandar. Troy era torpe y desmañado; Wilhelm era fuerte y rápido de movimientos. En su pelo, corto y oscuro, ya se iban adivinando las canas.

Entretanto, uno de los que iba en retaguardia le dijo a su compañero:

—¿Cuántas veces vamos a tener que oír la misma cantilena?

El parecido entre ambos podía apreciarse perfectamente a la luz de la luna. El que acababa de hablar era un joven rellenito, de aspecto simpático y abierto. Era pelirrojo, con una hirsuta mata de pelo. Se llamaba Jud. Su hermano Junius, que se parecía a él aunque debía de tener algunos años más que Jud, andaba perdido en profundos pensamientos —en realidad estaba recordando la abundante ración de sopa con champiñones dulces y cereales que había tomado para cenar y que ahora estaba empezando a darle vueltas por el estómago—, pero se despertó al oír aquellas palabras. Se limitó a lanzar un suspiro de resignación.

Continuaron su ascenso, guardando silencio durante un rato. La luna, casi llena, iluminaba el sendero. El camino, abandonando la ladera de la colina, proseguía serpenteando e iba a dar a una carretera invadida por los arbustos, que corría paralela a un cercado medio derruido.

—No falta mucho. Ya casi hemos llegado —dijo Wilhelm por fin.

Emprendieron, siempre en silencio, el último tramo de la cuesta. La cima de la colina terminaba en una ancha meseta que dominaba toda la llanura. Desde allí arriba podían verse algunas luces débiles y temblorosas que aún permanecían encendidas en el valle. Un sinfín de campos cultivados se extendía hasta la línea del horizonte, donde se encontraba la Frontera Occidental. En aquel altiplano el viento soplaba con más fuerza y los cuatro compañeros de viaje sentían el frío en los huesos.

Guiados por Wilhelm, que ahora avanzaba más deprisa, se dirigieron a paso rápido hasta un enorme roble que se erigía majestuoso en medio de la llanura.

—Me parece que está esperándonos debajo del árbol —dijo Junius.

Jud asintió.

Ya estaban cerca del roble cuando una figura, envuelta en unas vestiduras de color blanco, surgió tras el tronco retorcido y salió repentinamente a su encuentro.

—Yo te saludo, venerable Wendell. Es un honor encontrarte de nuevo —dijo Wilhelm sin mostrar el menor atisbo de sorpresa—. He traído conmigo a la persona de la que te hablé. También me acompañan mis amigos Jud y Junius —añadió con una sonrisa, señalando a los dos jóvenes que venían detrás de él y que se habían quedado petrificados ante aquel anciano.

—Bienvenido, Wilhelm —respondió Wendell—. Verte es siempre un placer, aunque por desgracia nuestros caminos no se cruzan tan a menudo como sería de desear.

El anciano dio unos pasos hacia el grupo, observando a los cuatro hombres con sus penetrantes ojos azules. Tenía una larga barba blanca y unas pobladas cejas que asomaban por debajo de su gorro de forma puntiaguda. Aferraba con el puño un viejo bastón, casi tan retorcido como el tronco del roble. Llevaba encima un abrigo blanco que le llegaba hasta los pies y que se inflaba por la acción del viento.

—Conque este es Wendell el Sabio, el brujo que ejerce la magia blanca y cuyos misteriosos poderes han dado tanto que hablar...

—Wendell en persona —respondió, tanteando el terreno con paso cauteloso—. ¡Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que estuve por aquí! Todavía recuerdo que este árbol no me llegaba siquiera a la altura del pecho. Tú, Wilhelm, eras poco más que un niño y yo te enseñaba entonces aquellos trucos con la pólvora...

—Recuerdo con placer tus enseñanzas, Wendell —sonrió Wilhelm—. Ahora soy yo quien enseña a sus hijos los mismos juegos. ¡Ojalá pudieras ver cuánto han crecido!

Troy, impaciente, les interrumpió.

—Bueno, ya está bien de cumplidos. No he venido hasta aquí en plena noche solo para escuchar los parloteos de un viejo.

Wendell no pareció enfadarse a causa de la interrupción.

—Muy bien —dijo—. Ahora os voy a contar una serie de cosas que debéis saber... Y, por favor, prestad mucha atención: no voy a repetir mis palabras. Hay que ser cautelosos: el enemigo puede tener espías por todas partes.

—¿El enemigo? —preguntó Jud con los ojos como platos.

—Sí, tenemos un enemigo —replicó Wendell con gravedad—. Sentémonos aquí, alrededor del fuego. Os lo contaré todo.

—¿Qué fuego? —estuvo a punto de preguntar Junius. Pero tuvo que tragarse sus propias palabras: una enorme hoguera se había encendido de repente debajo del roble y cinco grandes piedras de río, que habían aparecido de la nada, se colocaron en círculo ellas solas. Troy se estremeció, pero intentó disimular su sorpresa. Jud y Junius tuvieron que tocar las piedras varias veces y acercar los dedos a las llamas para creer lo que habían visto. Retiraron las manos a tiempo para no quemarse.

En cambio, Wilhelm aprovechó aquel fuego que chisporroteaba alegremente para entrar en calor.

—Tengo que hablaros del templo que hay en el bosque —empezó a contar Wendell—. Ese que se llama Tol Linallir y que está más allá de vuestro pueblo, al otro lado del río. Fue erigido tras la desolación que sobrevino después del Gran Desastre, cuando la mayor parte de los edificios construidos por los hombres se derrumbaron, los pueblos fueron engullidos por el Gran Mar y el mundo estuvo a punto de terminarse. Aunque pocos lo saben, ese lugar sagrado alberga algo más valioso que Wyndham y que las tierras que lo rodean: el don de la vida. Allí dentro está custodiada la energía que da fertilidad a vuestros campos y benevolencia a vuestro clima, vigor a vuestras cosechas y la vida a vuestros animales.

—¡Eso no son nada más que sandeces! —le interrumpió Troy—. No hay nada de eso en aquel lugar; el templo es tan solo un montón de ruinas que se caen a pedazos y los campos son fértiles porque..., ¡porque sí!

Wendell lo contempló con aire benévolo.

—Es difícil dar crédito a mis palabras, pero puedo asegurarte que estoy diciendo la verdad. Dime, ¿cuánto tiempo hace que no vas a Pembroke y a Edimport?

—Pues... Mucho tiempo —dijo él—. Pero eso, ¿a qué viene ahora?

—Hoy he regresado de estas dos ciudades, que recordaba como pujantes y prósperas —respondió el brujo con gravedad—. Puedo asegurarte que son lugares sin vida, pues las familias ha abandonado sus casas y se han diseminado por todas partes, emprendiendo una diáspora inútil. Mucha gente no ha logrado sobrevivir. Y todo porque les han robado la energía.

—¿Cómo que les han robado la energía? —dijo Jud abriendo los ojos de forma desmesurada.

—En efecto, amigo mío, les han robado la energía. Pero lo peor es que el enemigo pretende hacer lo mismo con vuestro templo.

—¿Qué? —preguntaron a dúo Jud y Junius.

—¿Lo entendéis ahora? No podemos permitirlo bajo ningún concepto... Salvaguardar Tol Linallir es nuestra prioridad absoluta.

—¡Nosotros lo protegeremos! —exclamó Troy, poniéndose en pie de un salto—. Mis hombres y yo no nos arredramos ante el peligro. ¡Tenemos que defender lo que nos pertenece!

—¡Bien dicho! —replicó Wendell—. Pero te equivocas en algo: Tol Linallir no os pertenece solamente a vosotros, sino también a todos aquellos que vivieron antes que vosotros. Fue construido por los arquitectos de la Edad Intermedia para albergar toda la energía del planeta, que estaba dispersa tras el Gran Desastre y que fue reunida de nuevo por tierra y por mar. Tol Linallir pertenece a todo el mundo, como el don de la vida.

Wendell frunció el ceño y permaneció en silencio durante unos instantes. Las nubes cubrieron la luna y el rostro del viejo brujo quedó en la penumbra, pero se podía ver el intenso rencor que ardía en sus ojos.

—¿Quién es nuestro enemigo, Wendell? —preguntó Junius.

—Lo conocéis perfectamente —respondió con gravedad el anciano—. Es el propio Wilhelm quien ha contribuido a fortalecerlo, guiándolo con valentía durante largos años —continuó mientras miraba a Wilhelm, que agachó la cabeza—. Nuestro enemigo es el ejército republicano —reveló—. El mismo ejército que tiene la obligación de proteger a su pueblo y que, sin embargo, está llevándolo a la ruina.

Jud, Junius y Troy se quedaron estupefactos al oír aquellas palabras. Wendell se interrumpió; quería darles tiempo para que comprendieran la gravedad de aquellas afirmaciones.

—Dentro de cinco lunas una legión del ejército republicano a las órdenes de Jerjes, rey de Tebas, la capital, se encontrará frente a las puertas de Tol Linallir. Una vez en su interior profanará la sagrada urna con una de sus invencio-

nes llamada energoducto, un sistema de canalizaciones que transportará la energía del templo a la ciudad y que terminará con el yacimiento.

—¿Así que esto es lo que ha sucedido en Edimport y en Pembroke? —preguntó Troy, incrédulo.

Wendell asintió gravemente.

Luego, Wilhelm continuó hablando.

—Tenemos razones para pensar que la ciudad de Tebas ha consumido todas las provisiones de energía procedentes del gran santuario que se encuentra bajo su suelo, y eso que se trataba de un yacimiento gigantesco —explicó—. Por ello, Jerjes ha ordenado buscar otras fuentes para cubrir las necesidades básicas.

—Así es —confirmó Wendell—. Pero las malas noticias nunca vienen solas.

—¿Es que aún hay algo más? —preguntó Troy preocupado.

—Ese día, los soldados del ejército acudirán a la cita en compañía de un hombre —respondió Wendell con gravedad—. Un hombre al que conozco muy bien, con el que mantuve una amistad y junto al cual aprendí muchas cosas. Pero ese hombre se apartó del buen camino —añadió mientras se ensombrecía la expresión de su rostro— y puso sus antiguos poderes mágicos al servicio de oscuras maquinaciones. El filo de vuestra espada le atemoriza tanto como las pequeñas armas de madera con las que vuestros hijos juegan a la guerra. Su nombre es Suleimán el Oscuro.

—¿También es hechicero? —preguntó Junius.

—Sí. Y se trata de un temible adversario —advirtió Wendell—. Tiene un corazón tan perverso que es capaz de llevar a cabo las acciones más crueles. Además, sus poderes mágicos son potentes y despiadados.

—Tenemos que actuar con mucho cuidado y con la mayor cautela posible. No podemos atacar directamente a los soldados, pues las armas convencionales no servirán de nada si Suleimán se presenta en Tol Linallir. Ni siquiera un experto

estratega como Wilhelm lograría conducir a sus hombres hacia la victoria.

Tras estas palabras sobrevino el silencio, interrumpido tan solo por los lejanos aullidos de un lobo. Ninguno de los presentes tenía ganas de hacer preguntas después de recibir semejantes noticias.

—Entonces, ¿qué podemos hacer? —preguntó finalmente Junius.

El viejo hechicero se quedó durante un buen rato mirando a Wilhelm y a los demás hombres que estaban ante él. Cuando hubo tomado una decisión, se inclinó hacia adelante. Los otros lo imitaron.

—Escuchad: haremos lo siguiente...